

Anales de la Ciudad de Córdoba

por

Don Luis María Ramírez de las Casas-Deza



(CONTINUACION)

1768

El 7 de abril, a las once y media de la noche, habiendo ido dos hombres a robar el hospicio del convento de Scala Coeli, situado en la puerta del Rincón, donde había habitado el Venerable y ya Beato Francisco de Posadas, se tocó la campana por sí sola, de manera tan extraña, que la santera de la ermita, ya destruída, de Nuestra Señora de Ribagorza, creyó que era fuego y llamó a la puerta del Rincón, para que los porteros acudiesen. Se levantaron y vieron dos hombres corriendo por la calle abajo y que el postigo del hospicio estaba abierto. Se levantaron los religiosos que allí había y registraron la iglesia, y subiendo a la torre, hallaron la puerta cerrada y que en ella no había nadie. Después, a pocos días, prendió la justicia unos ladrones, los cuales declararon que habían ido a robar la misma noche al hospicio del Padre Posadas.

1769

En primero de junio, pasó el planeta Venus por delante del Sol, inmediatamente después de un eclipse visible en Córdoba.

1772

Se hundió la bóveda de la iglesia de Santa Victoria que estaba en construcción.

1782

Vienen a Córdoba los príncipes franceses Luis Enrique de Borbon, Duque de Borbón, y Carlos Felipe, Conde de Artois y hermano de Luis XVI.

1783

Una gran arriada del Guadalquivir, la mayor que en muchos años se había conocido, se verificó el 31 de diciembre. Entró el agua, a las nueve de la noche, en la parroquia de San Nicolás de la Ajerquía, de la que se sacó el Santísimo precipitadamente, depositándolo en el Hospital de la Caridad, en donde estuvo hasta el 15 de enero de 1874.

1784

Carlos III prohibió las comedias en Córdoba y su obispado.

1785

Por mayo fué varia la temperatura, ya fría ya calurosa, y desde junio hubo lluvias tempestuosas y vagas hasta septiembre. En los principios de agosto, de día hacía un calor excesivo y refrescó a fines. Por la mañana temprano y por la noche hacía mucho frío. Septiembre fué muy caluroso de día y por la noche un frío extraordinario. Octubre, hasta el día 15, fué caluroso de día y por la noche templado, y por las mañanas soplaron fuertes vientos del norte. La atmósfera, por las noches, no era tan clara como suele en este país en los meses de estío. Por agosto, al salir el sol, hubo algunos días de niebla. Esta constitución del tiempo fué causa de una epidemia de intermitentes muy rebeldes, a que contribuyeron las muchas lluvias e inundaciones.

1786

En este año vino a Córdoba el V. P. Fray Diego José de Cádiz, ejemplar capuchino, de cuya beatificación se trata; el cual predicó en la sala capitular al Ayuntamiento, en varias iglesias y en la plaza de la Corredera, desde el balcón de la cárcel, por el inmenso concurso que acudía a oírle, y su voz solía llegar a tales distancias, que no podía menos de intervenir milagro.

1788

Tiénesse noticia del fallecimiento del rey Don Carlos III a mediados de diciembre.

1789

Fué proclamado el rey Don Carlos IV el día diez de septiembre, con las solemnidades acostumbradas y toda clase de festejos públicos, esperando todos continuasen en este reinado las prosperidades del anterior. Uno de los festejos fué la erección de un figurón de veinte varas de alto simulando el coloso de Rodas, en la calle de la Feria, a expensas del gremio de confiteros.

1791

El Deán D. Francisco Fernández de Córdoba compra el Colegio de los Jesuitas y funda en él unas Escuelas Pías, dotándolas competentemente. En 18 de agosto fueron abiertas al público las Escuelas Reales gratuitas de Nuestra Señora de la Concepción, vulgo de la Compañía, después de haber gastado el Deán don Francisco Javier Fernández de Córdoba la cantidad de 300.000 reales en reedificar el edificio (Maraver, Historia de Córdoba, siglo XVIII, tomo II. Manuscrito del Archivo municipal).

En este año se hizo la dedicación del arca nueva para las reliquias de los Mártires, en San Pedro.

1794

El 29 de diciembre fué llevada a la Catedral la urna de los Mártires, para impetrar el triunfo de nuestro ejército en la guerra con Francia.

1796

Los reyes Carlos IV y María Luisa, con toda la Corte, pasaron a Sevilla, a cumplir una promesa que habían hecho a San Fernando, yendo por Badajoz, patria del gran privado de ambos esposos Don Manuel Godoy, y a su regreso para la Corte, pasaron por esta ciudad, a donde llegaron el 11 de marzo. Fueron recibidos y obsequiados con muchas demostraciones de alegría y se hospedaron, según costumbre, en el Palacio Episcopal, El Rey fué a cazar a Ribera, y el día 14 salieron para Madrid. En estos días que estuvo la Corte en Córdoba, nevó mucho y hubo muy recias y copiosas granizadas.

1799

Se fundó la Sociedad Patriótica para educar y alimentar niñas desvalidas y tuvo lugar un auto de fe.



SIGLO XIX

1801

A principios de enero nevó copiosamente por muchos días.

Se recibieron noticias que a 24 de marzo falleció en Ronda Fray Diego José de Cádiz.

Carlos IV abolió la costumbre llamada de «las holgazanas», por su Pragmática de junio de 1801, que se incluyó en la Novísima Recopilación.

1804

El 4 de septiembre se principió a propagar la fiebre amarilla, introducida, según se dijo, por una porción de lino que trajeron de la Andalucía baja. Comenzó por la calle de Almonas, en que murió mucha gente, por lo que se tapiaron las entradas a ella y la calle de Carreteras, la del Huerto de San Andrés y la de la Palma. En el convento de Regina murieron catorce monjas, y las demás fueron llevadas al de Escalaceli, extramuros de la ciudad. Las del convento de Encarnación Agustina fueron llevadas a la Alameda del Obispo, por haberse también picado aquella comunidad. Fueron lazaretos los conventos de la Merced y San Juan de Dios, para sanos; y para invadidos, San Francisco de la Arrizafa, San Francisco de Paula, el Carmen de Religiosos descalzos, vulgo San Cayetano, Madre de Dios y Carmen Calzado. Se dispusieron dos cementerios extramuros, uno detrás de la ermita de San Sebastián y otro contiguo a las tapias de la huerta de la Reina, en la haza de Alonso Díaz, y murieron mil quinientas personas en tres meses que duró la epidemia, que fueron septiembre, octubre y noviembre hasta el día 26, en que se celebraron las reliquias de los Santos Mártires que se veneran en la parroquia de San Pedro y se cantó un Te Deum. Después no dejó de haber algunos casos en toda la ciudad.

Este año no se cogió la semilla que se sembró y además hubo paulilla, por lo que se padeció carestía en la ciudad y toda la provincia, con cuyo motivo se nombró una junta que se llamó «de abastos», con cuyas providencias se remedió algún tanto el mal y se conservó la tranquilidad que estuvo a punto de alterarse.

El 13 de enero, entre cinco y seis de la tarde, hubo un gran terremoto.

1805

Continuó la carestía por el mal año anterior y además se presentó langosta en algunos terrenos. En fin de junio llegó el precio del trigo a 85 reales el más caro y el pan a dos reales. Después subió hasta 110 reales y el pan a 22 cuartos, a razón de un cuarto el pan, por cada cinco reales que valía el trigo, que era la norma de aquel tiempo, y entre las providencias que se tomaron por el Ayuntamiento, fué una suprimir la elaboración del pan que se llama de lujo.

1806

El Ayuntamiento informó al Gobierno sobre la conveniencia de la navegación del Guadalquivir, de que se había principiado a tratar desde el siglo XVI, aunque sin efecto.

En 1725 se había tratado en Córdoba, por primera vez, de la fundación del Hospicio, para recoger a los desvalidos e imposibilitados de trabajar, y después no se volvió a pensar, según creemos, en este asunto, hasta 1769, en que por Real Orden de 18 de mayo del mismo año, se destinó para este fin la casa que había sido Colegio de la Compañía de Jesús, lo que no tuvo efecto; y después de los esfuerzos de varias juntas, de corregidores y obispos, que tuvieron a su cargo este proyecto o intervinieron en él, después de largas demoras y de vencidas muchas dificultades y obstáculos, lo llevó a efecto y acabó el obispo D. Pedro Antonio de Trevilla, que habiendo venido a Córdoba el año anterior, se dedicó desde luego a promover la fundación de este establecimiento, destinando para él el edificio del convento de la Encarnación del orden de San Agustín, que se suprimió en este año, acomodándolo a su nuevo destino. En la época constitucional de 1820, se trasladó al convento de Nuestra Señora de la Merced, extramuros; y últimamente, suprimidos los regulares, volvió al mismo edificio de 1836, donde permanece. Desde su fundación ha experimentado esta casa muchas vicisitudes, ya de estrechez, ya de tal cual prosperidad, y en algunas ocasiones ha sido tan urgente la falta de recursos que ha estado próximo a cerrarse. Hay por lo común en ella 160 acogidos, que trabajan en esparto, haciendo pleita y tomiza, y fabrican lienzos, paños, estameñas, zapatos, etc. Hay director, capellán, facultativo y demás dependientes necesarios. Cuidan de los acogidos las hermanas de San Vicente de Paul.

1807

La ciudad de Córdoba, para congratularse como otras con el favorito de los reyes D Manuel Godoy, Príncipe de la Paz, le nombró Veinticuatro primero y preeminente. El rey le despachó el título, cuya encuadernación y adornos, que consistían en la cifra del Príncipe, los escudos de Córdoba, los emblemas de las dignidades del agraciado, todo de oro y piedras preciosas, costó la enorme cantidad de 35.000 reales.

El día 7 de diciembre, a las cinco y media de la tarde, hubo un terremoto, que fué bastante sensible.

1808

Tristes rumores y aciagos presentimientos se oían por todas partes desde el año anterior, en que permitió el Gobierno la entrada en España de un ejército francés, para que pasase a Portugal. Sobresaltadas y temerosas las gentes con las noticias de la Corte, no hablaban de otra cosa que de la conducta del Gobierno y de Carlos IV, y de la reina María Luisa, y del gran favorito de éstos D. Manuel Godoy, Príncipe de la Paz. Los sucesos de Bayona habían llevado la irritación de los pueblos hasta lo sumo, y no menos al de Córdoba; y la convocatoria a Cortes, hecha por Napoleón para aquella ciudad, y promulgada por Joaquín Murat, Gran Duque de Berg, en España, acabaron de inflamar los ánimos de los cordobeses. Las autoridades no querían enviar sus procuradores o diputados a aquella asamblea, ordenada por el usurpador; pero no encontró quien la apoyase entre las ciudades inmediatas que tenían voto en Cortes.

El ejército francés destinado a someter los reinos de Andalucía, estaba ya en marcha, y Córdoba, que era la primera, que si quería resistirle, debía oponerse al enemigo, se hallaba sin recursos de ningún género para ejecutarlo; pero había practicado diligencias para el importante objeto de la defensa pública, excitando a otras ciudades y todas habían resultado infructuosas. El 28 de mayo pisaba ya la vanguardia del enemigo la falda de Sierra Morena, y el pueblo intimidado, que veía tan inminente su opresión, luchaba entre la desesperación y el patriotismo; pero era forzoso ceder a la necesidad.

El día 12 de abril, de resultas del tumulto de Aranjuez y abdi-

cación de Carlos IV, recibió el Ayuntamiento una orden para proclamar Rey al Príncipe de Asturias D. Fernando, su fecha en Madrid a seis del mismo mes. Todo el mundo estaba en expectación del éxito de los extraordinarios sucesos que ocurrían, cuando el 7 de mayo por la noche, recibió el Corregidor D. Agustín Guajardo y Fajardo, oficios de Espiel y Villanueva, refiriéndose a otro del Alcalde de Móstoles en que se exhortaba a todos los pueblos de la nación a defender la causa del rey D. Fernando, cuya excitación había venido circulando por varias provincias. El alcalde de aquella villa próxima a Madrid, sabiendo los sucesos del 2 de mayo, y considerando la dificultad de que fuesen conocidos en la provincia, tuvo el feliz acuerdo de comunicarlos. El Corregidor dió al día siguiente cuenta al Ayuntamiento de esta comunicación que conmovió grandemente los ánimos y fué necesario calmar la irritación y ansiedad del pueblo.

El día 10 de mayo se resolvió en Cabildo formar una junta que se llamó «de tranquilidad», y para componerla fueron elegidos, además de las autoridades, el Marqués de la Puebla de los Infantes, don N. Fernández de Córdoba; el de Lendínez, don N. Melgarejo; el de Beramejé, don Juan Bautista Bernuy; y el de Villaseca; don N. Cabrera, don Gonzalo de Aguayo, si lo permitía el estado de su salud; el Veinticuatro don Lorenzo Basabru, la diputación y síndico personero, el jurado don Rafael de Medina, los diputados que eligiesen los Cabildos eclesiásticos, uno del comercio y otro de los labradores, que lo fué don Sebastián de León.

En este tiempo sucedió el levantamiento de Sevilla, que resolvió defenderse y determinó comunicar su decisión a Córdoba. A la una de la tarde del día 10 de mayo, entró en posta de Sevilla, el oficial del Regimiento de España don Ramón Gavilanes, repitiendo la aclamación de: ¡viva Fernando VIII!, y ondeando un pañuelo blanco en la mano. Corrió la voz de su venida con una velocidad eléctrica por todas partes, y aunque era una hora de general reposo en aquel tiempo, salían las gentes de sus casas, llenas de júbilo y deseosas de saber la noticia que el posta traía, el cual se dirigió a casa del Corregidor, y apenas había llegado, cuando ya era inmenso el concurso que lo rodeaba; pero como los pliegos venían cerrados, sólo de palabra pudieron saber el objeto del mensaje, y acudieron enseguida a las casas de Ayuntamiento, donde a las dos de la tarde se congregó éste, se convocaron las autoridades

civiles, eclesiásticas y militares, y se leyeron los pliegos que entregó Gavilanes, en que se invitaba a Córdoba y su provincia a la defensa del Rey y de la Patria.

Un pueblo inmenso respondía a las aclamaciones que se daban en los balcones de las Casas Consistoriales, desde los cuales arrojaban pedazos de cinta encarnada, que todos se ponían por escarapelas en los sombreros. Después hasta los eclesiásticos en los sombreros de canal, se pusieron escarapelas de grana.

A las cinco se celebró una junta abierta, en que se discutió lo que se había de contestar a Sevilla y fueron varios los pareceres: unos, considerando que se carecía de todos los medios de defensa, opinaron que se respondiese que Córdoba nada podía hacer para resistir a los franceses, como no fuera enviar gente a Sevilla; que si los enemigos llegaban allá, hacer alguna hostilidad por la espalda de los invasores, aprovechando el tiempo para prepararse. Entre los que pensaban así, estaba el canónigo Doctoral D. Diego Millán López de Gordoá, que después fué de los que se llamaron «afrancesados», y cuando los franceses se marcharon, se fué con ellos, temiendo la venganza de sus compatriotas. Otros opinaron defenderse, contando con la promesa de Sevilla, que ofreció socorrer a la Junta con toda clase de artículos, a lo que contribuyó en gran manera el dictamen del coronel D. Pedro Agustín de Echávarri, hombre de valor y arrojo, el cual, por el influjo especialmente de D. Ramón Gavilanes, fué nombrado general del ejército que se había de levantar, ciñéndole la faja de mariscal de campo; y aunque después se quiso dar el mando a D. Francisco Venegas de Saavedra, éste no admitió, y Echávarri continuó con el cargo, siendo el otro jefe que se nombró D. Pedro Valdecañas, Conde de Valdecañas.

Echávarri se dedicó a hacer los preparativos militares, quedando a cargo de la nueva junta de gobierno que se nombró, todo lo concerniente a los demás ramos de la administración pública. Fueron individuos de la indicada junta el corregidor D. Agustín Guajardo y Fajardo, el general D. Antonio de Gregorio, el inquisidor D. Ramón de Pineda y Arellano, el Marqués de la Puebla de los Infantes, el de Benamejí, el de Lendínez, D. Juan de Dios Gutiérrez Ravé, D. Alfonso Tauste, abogado, D. Fernando Jiménez Vallejo, prior de la Real Colegiata de San Hipólito, D. Juan de Santa Cruz y Pedrajas, canónigo de la Santa Iglesia Catedral, el maestro Fray José de Jesús Muñoz Capilla, agustiniano, y D. Bar-

tolomé Tassara, abogado de mucha nota, que era el vocal secretario. Antes de la noche ya estaba proclamado Fernando VII y declarada la guerra a los franceses, correspondiendo el inmenso pueblo, que ansiaba por este resultado, con las mayores demostraciones de júbilo.

El tiempo era ya muy corto por la proximidad de los franceses, y no era posible aprestar todo lo necesario para la defensa, y Córdoba carecía, no sólo del material de guerra, pero aún de tropa disciplinada que dirigiese y auxiliase a los paisanos que tomasen las armas, y todo había de venir de fuera. Sin embargo, desde aquel momento, la ciudad se convirtió en una plaza de armas, y se despacharon postas convocando a los pueblos de la provincia y algunos otros limítrofes. Afortunadamente, la detención algunos días, en Andújar, del ejército francés, hija de la hesitación de su general, el conde Pedro Dupont l'Etang, uno de los más señalados del Imperio, que hubo de tener noticia de la fermentación del país, dió lugar a que el entusiasmo se propagase a todos los pueblos de la provincia, y que, a los ocho días, 40.000 hombres, aunque por la mayor parte paisanos, se hallasen reunidos en la capital.

El deseo de defender la Patria y vengar sus ultrajes, no les permitía considerar la desigualdad de sus fuerzas, y que unos soldados en extremo bisoños, habían de hacer frente a un ejército tan disciplinado como aguerrido. Se publicó un bando en que se mandaba que todos los vecinos presentasen las armas que tuviesen, y las escopetas de los populares, no todas en buen uso, y las preciosas espadas y dagas antiguas, y las pistolas, y sillas de caballo, de los títulos y de los hijosdalgo, fueron entregadas al punto y sin reserva alguna en las casas consistoriales. Fuera de éstas, eran las armas unos cuantos fusiles, no todos servibles; pero se echaba mano de todo instrumento que pudiese ofender, palos con punta de hierro y aún sin ellas, el puñal y la navaja eran las armas; las garrochas, y las ahijadas, y las varas toscas de castaño, a que se adaptaba una punta de hierro, fueron lanzas de la caballería. Se recogieron caballos, mulas, carruajes y cuantiosos donativos, y todo, hasta los bienes y alhajas de las iglesias se puso a disposición de la Junta, y se hizo acopio de víveres y de cuantos utensilios son necesarios para un ejército.

Desde el día 10 de mayo se principió el alistamiento, y venida la gente de los pueblos, unos con armas y otros sin ellas, se co-

menzó a organizar el ejército y a adiestrarlo en el manejo de las armas. Se hallaba en Córdoba todo o parte del Regimiento de Barbastro, y llegaron otras tropas, siendo las de línea mil hombres de infantería, entre ellos un destacamento de suizos, algunos del Regimiento de Campo Mayor, y de caballería, el del Príncipe, muy escaso, y unos ochenta hombres de María Luisa. Los paisanos componían noventa batallones de quinientas plazas cada uno. Se escogieron para cabos y sargentos los más dispuestos y algunos que habían servido. Oficiales retirados mandaban los caballos reunidos, y se nombraron otros jefes y subalternos. Se dice que la caballería toda llegaba a tres mil hombres. La Junta de Sevilla mandó cuatro cañones y un obús, algunos millares de fusiles y municiones de toda clase, y fué tal el entusiasmo que causó la venida de este armamento, que salió a recibirlo, aunque llegó a media noche, un inmenso pueblo; pero no llegaron las espadas y sables que se esperaban para la caballería

Estaba la ciudad inundada de gente y por todas partes no se veía más que tropas, ni se oía más que el estrépito de los atambores, el sonido de las trompetas y de los clarines y el ruido de los caballos, hasta que, por último, se formó el campamento en las inmediaciones del Puente de Alcolea. En el término de ocho días se llegó a este resultado, lo que se debió a la actividad y celo de la Junta, de los empleados públicos y del vecindario entero de Córdoba y pueblos de la provincia, y muy particularmente a los esfuerzos y tesón del general Echávarri. En todo el ejército reinaba la mayor decisión, resuelto a defender el paso del puente y cubrir la ciudad de Córdoba. Este ejército se llamó Vanguardia de Andalucía.

El puente de Alcolea no pudo ser cortado, sin duda por su muy sólida construcción, pero a su cabeza se abrió un foso, con cuya tierra se hizo un parapeto y se dió a defender a los Granaderos provinciales de Barbastro y Campo Mayor. La artillería fué colocada en una colina a la cabeza del puente y margen izquierda del río. Los trozos de caballería formaban sosteniéndola y buenos tiradores cubrían el flanco izquierdo y del ejército sobre el Guadalquivir. La infantería coronaba las colinas próximas al arrecife y Montón de la Tierra, hasta la cuesta de la Lancha. Al lado de la campiña y margen izquierda del Guadalquivir, a las órdenes del Conde de Valdecañas, estaba la tropa de línea reunida y que podía maniobrar.

Los franceses hicieron algunos reconocimientos en los días 1, 3 y 5 de junio, desde El Carpio, y cuando avanzó todo el ejército, que fué el día 7, al mismo Dupont impuso la vista de tan considerable fuerza, pues su posición daba bien a entender su número e ignoraba la clase de gente que la componía. Las columnas francesas, desde Casablanca, principiaron a dirigirse sobre el puente. Rompióse entonces el fuego, que principió por la artillería, la que manejada con acierto, hizo gran destrozo en los enemigos, que sin embargo, se adelantaron a tiro de fusil, y encontraron en los esforzados cuerpos que defendían la cabeza del puente, un valor y una firmeza que ciertamente no esperaban. El ataque era vigoroso, pero la resistencia era no menos fuerte y enérgica. El mortífero fuego de la artillería y el de nuestros valientes soldados arruinaba las filas que le presentaba el enemigo, más éste, sustituyendo columnas a columnas, no dejaba de acometer, hasta hacerlo a la bayoneta por siete veces, aunque sin fruto, contra los atrincheros del puente. Esforzaron al mismo tiempo el ataque por otros puntos, para esguazar el Guadalquivir, pero defendidas sus riberas por los españoles, no les fué posible el paso por los vados inmediatos.

Había empezado el ataque a las cinco de la mañana, y ya eran las nueve y el ejército invasor no había tomado el puente. Entretanto la columna del centro, que avanzaba sin descanso, se arrojó de nuevo sobre la cabeza del puente, cuando ya escaseaban los cartuchos a los granaderos y las municiones a la artillería, por haberse volado dos carros de pólvora, eran menos frecuentes los tiros de la fusilería y los fuegos de los cañones, y los granaderos tuvieron que replegarse, después de haber dejado el foso henchido de cadáveres.

Un cuerpo de 5.000 hombres de caballería y de infantería, debía hacer una contramarcha durante la noche y cortar por su flanco al enemigo, cogiéndole entre dos fuegos. Este cuerpo llegó al punto designado, pero se mantuvo en inacción a vista del enemigo, sin acometer, ignorándose el motivo cierto que tuvo su jefe, para obrar así y no obedecer las órdenes del general. Tal accidente, que no sabemos si con razón, se atribuyó a la falta de artillería, empezó a desconcertar los planes combinados y contribuyó a proporcionar a los franceses el ataque de la importante posición de nuestras tropas.

En tal estado, desplegó el enemigo en batalla un frente nume-

roso, a cuyas descargas a medio tiro, cayeron muchos de nuestros valientes, y para que no fuesen todos sacrificados, les fué forzoso ceder el terreno y repasar el puente. Se clavó el obús, por haberse descompuesto la cureña y se salvaron las otras piezas. Los paisanos habían sostenido impávidos el fuego al cañón francés, aunque había sido de muy poco efecto. Los franceses siguieron experimentando mucho destrozo hasta la mitad del puente, por el valor de los granaderos provinciales, de los soldados de Campo Mayor, y aún de los paisanos que hacían fuego por derecha e izquierda del puente; pero, viéndose ya desamparados de la caballería y no pudiendo contener al enemigo, que avanzaba con intrepidez, abandonaron su posición. Sostúvose, empero, todavía, un escuadrón de caballos ligeros a la salida del puente, que rechazó por tres veces la primera columna enemiga que lo pasó. Perdido este punto, el ejército español tuvo que replegarse en orden a la segunda línea, situada sobre unas alturas inmediatas al río, punto tanto o más ventajoso que el anterior, y el Conde de Valdecañas con su división ejecutó lo mismo por el lado de la campiña.

Sorprendido Dupont de lo que veía y receloso de pasar adelante, mandó hacer alto. Tal vez el general francés no se hubiera empeñado, porque había perdido mucha gente (se dice que de 200 a 300 hombres), el sol abrasador de Andalucía abrumaba su ejército y la escena no dejaba de ser imponente. Consideraba Dupont las fuerzas que a su frente y costado amenazaban, y temía que si la poca gente nuestra a quien el terreno había permitido manobrar, se había portado con tanto valor, se exponía a una derrota si en aquella situación perseveraba en avanzar. Movido de estas razones, sin duda, tocó a retirada y se pusieron en movimiento sus tropas para repasar el puente.

Así la tropa disciplinada como los paisanos, llenos de ardimiento, a pesar de haber perdido su primera posición, esperaban la señal de ataque para acometer, cuando, efecto de imprudencia, después de una falsa pero terrible alarma, que resonó a espaldas del ejército, empezó a oírse la voz de «retirada» en nuestro campo, sin saber de donde había salido. Estó bastó para que principiase a desfilar el principal trozo del ejército, y el enemigo que recelaba, avanzó sobre el nuestro, cuyas alas que temieron ser cortadas, tuvieron que ceder a la misma falsa voz que ya había llegado hasta los confines de la línea.

El ejército español bien pudo no haber deshecho al francés, pero sí pudo haber sacado más ventaja, sino hubiese ocurrido este fatal accidente. A pesar de ésto hubo todavía algunos valientes, de los que jamás se habían hallado en un combate, los cuales pasaron el río Guadalbarbo, y cayeron sobre la línea enemiga, resueltos a perecer acuchillando a sus contrarios. La caballería de línea, unida a algunos paisanos de la misma arma, hizo algunos esfuerzos, aunque ya inútiles. Intentaron, desde gran distancia, dar una carga a escape, pero el fuego de dos medios batallones, con dos piezas en su centro, fué bastante para hacer volver la cara a aquel escuadrón desconcertado.

Hubo asimismo quien procuró reunir algunos cuerpos, señaladamente un denodado eclesiástico llamado D. Francisco Morales, capellán del ejército, que arrostrando el peligro, marchó al frente de una columna, avanzando al enemigo, pero nada bastó para restablecer el orden por más que lo intentó el general y los jefes, efecto nada extraño en un ejército biseño, colecticio y falto de disciplina, para el que aún una retirada necesaria y bien dirigida, hubiera sido lo mismo que fuga. La caballería enemiga cayó sobre la retaguardia de la infantería, que al principio conservó el orden, pero lo fué perdiendo, y al mediodía ya no había ni un solo grupo organizado, y el camino y las inmediaciones de Córdoba estaban inundados de fugitivos.

Dupont siguió su marcha y no quiso ser inhumano acuchillando aquel gentío deshecho y despavorido, ni tampoco hizo prisioneros, porque no quiso o no pudo. Unos cuantos coraceros al trote por el arrecife, arrollaba a los rezagados e intimidaba a lo lejos con el brillo de sus corazas. El ejército disperso, hallando cerradas las puertas de la ciudad, se desbandó, metiéndose unos en la Sierra y otros rodeando la población para buscar el puente, si bien es cierto que Córdoba no podía servir de asilo seguro a un ejército deshecho y desordenado.

Llegaron los franceses, no sin recelo, a los muros de Córdoba, a las dos de la tarde, en número de unos 18.000 hombres, y según se dice, se les hizo fuego desde algunos torreones de la muralla y recibieron algún daño, como también por parte de varios paisanos que les hacían disparos desde el camino, y ellos pusieron una batería en la Cuesta de la Pólvora, para hostilizar a los que escapaban por el Puente.

La causa de haber cerrado las puertas no se ha podido saber

con toda certeza. Unos han dicho que se hizo con el objeto de capitular, y que para ello iba a salir el Marqués de la Puebla de los Infantes con algunos sujetos. Otros han dicho que un capitán que mandaba la guardia de la Puerta Nueva fué el que echó la llave inconsideradamente, y habiéndose marchado a Sevilla, en Carmona la entregó a la Junta de aquella ciudad

Según el testimonio de un anciano, dependiente de la Maestranza, que fué el mismo que vino a Córdoba a entregar los cañones y demás armamento, el capitán de artillería D. Gonzalo de Cueto, fué el que cerró y echó la llave en la Puerta Nueva. Los franceses asestaron a ésta algunas piezas para forzarla, y habiendo entrado se esparcieron en guerrillas, y disparando algunos tiros, con que hirieron o mataron a los que se exponían imprudentemente, y el silbido de las balas y la explosión de algunas granadas que asimismo tiraban, aterraban a la población, temerosa de la suerte que le esperaba.

No mataron a persona alguna dentro de su casa, pero como tiraban tiros a las ventanas, mataron a una mujer que con recato estaba asomada a la reja de su casa, frente a la puerta de Santa Catalina de la Catedral, y entrando en la casa, sacaron el cadáver y lo pusieron en la calle, sin duda para ocultar la manera como había sido muerta, que fué mucho reparo en gente que se portó como se verá. Algún corto pelotón rezagado, aún todavía hizo fuego a los enemigos en alguna calle y en la Puerta del Puente, y vióse en aquella ocasión que los decantados vencedores de Austerlitz y de Jena, se recataban y temían a bisoños soldados. En la Puerta del Puente mostraron su valor dos soldados de caballería del Príncipe, que solos, se atrevieron a hacer fuego a algunos centenares de franceses.

Al entrar Dupont por la Puerta Nueva, un vecino de la primera casa de la calle del Pozo, llamado Pedro Moreno, tuvo el temerario arrojo de tirar un tiro al que le pareció que era el general, y que por poco no mató al edecán que iba a su lado, pero mató el caballo de Dupont y causó a éste una ligera contusión. Irritados los franceses con tamaño atentado, entraron en la casa, y Pedro Moreno fué víctima con toda su familia, del furor de los enemigos, pero después de haber dado muerte intrépidamente a algunos de ellos. Sólo se salvó de la catástrofe una niña de pecho, que un soldado movido de compasión entregó en una casa inmediata.

La resistencia hecha fué vengada cometiendo los más atroces desafueros y entregando la ciudad al más horroroso saqueo. Córdoba, desde su fundación inmemorial, no ha sufrido una calamidad mayor. Esparcidos los franceses por toda la ciudad, rompen las puertas que hallan cerradas por la emigración de sus dueños, y las que no eran prontamente abiertas. Hieren a unos, maltratan a otros, amenazan a todos y se llevan cuanto encuentran, y piden y exigen más de lo que hay. Armados de hachas, rompen y destrozan los muebles, y tiran y esparcen cuanto desprecian o no pueden llevar. Los oficiales y aún los generales no se desdeñaban de acompañar a los soldados y de igualarse a ellos en rapacidad, que manifestaban del modo más soez y vergonzoso.

El general Laplace, nombrado Gobernador de Córdoba y alojado en casa del marqués de Villaseca, pagó a este caballero el obsequioso hospedaje, tomándole dos mil ducados y exigiéndole una contribución de ochenta mil reales. Los fondos públicos de toda clase, que pasaban de diez millones de reales, y los del Cabildo eclesiástico, fueron robados. Entraron en la Catedral con un carro y se llevaron todo cuanto dinero había en la oficina de Rentas diezmales, de los diezmos y otros fondos.

El Palacio Episcopal, después de abandonado por su Obispo don Pedro Antonio Trevilla, que arrojándose por el muro de la Huerta del Alcázar con una cuerda, se fugó a su posesión de la Alameda, fué destrozado.

Ni el carácter de las personas más respetables, ni el decoro de las mujeres, los ponía a cubierto de insultos, y las súplicas de los infelices saqueados, eran inútiles para contener la codicia y la rapacidad de aquella soldadesca desenfrenada, que no perdonó ni el albergue de los más pobres habitantes, llegando hasta el extremo de despojar a muchos hasta las ropas interiores que tenían puestas.

No perdonaron los conventos de religiosas, y tres de ellos especialmente fueron destrozados y maltratadas las monjas. Para que nada se librara de violencia y para inspirar terror, acometieron a los templos, y ejecutaron en ellos los más sacrílegos desacatos; y fué lamentable el espectáculo que ofreció el insigne Santuario de Nuestra Señora de la Fuensanta, extramuros de la ciudad, convertido en lupanar, y la imagen hecha pedazos, y lo mismo efectuaron en otros templos. Rompieron los objetos dedicados al culto, se llevaron los vasos sagrados, que sirvieron en

las calles y tabernas para usos tan profanos como detestables. Las Sagradas Formas fueron extraídas y rociadas por el suelo, y en fin, las iglesias convertidas en caballerizas y los altares en pesebres. La desolación fué general, y el saqueo, permitido según las leyes de la guerra por algunas horas, duró tres días con rigor, y no cesó el pillaje en todo el tiempo que el ejército permaneció en la ciudad. Las riquezas y preciosidades robadas en una población tan opulenta fueron incalculables. No contentos con tantos horrores, llegó el desenfreno a manchar el pudor de las jóvenes a presencia de los padres y maridos, solteras y casadas sufrieron toda clase de insolencias de la soldadesca brutal, y algunas derramaron su sangre en castigo de su resistencia.

Las iglesias estuvieron cerradas por cuatro días, suspensos los Divinos Oficios y las campanas en silencio. En la Catedral no se hicieron los Divinos Oficios por ausencia de los canónigos que huyeron o se ocultaron. Muchas personas del clero y particulares se ocultaron en los zaquizamies de la Catedral. Las familias, casi sin comunicación, consternadas, al padecer y oír tantas violencias y horrores. Por todas partes no se veían sino franceses llevando reses muertas y cuartos de carne y cubas y cántaros de vino, sacando de todo más de lo necesario, y así, después de lo mucho que consumían, les quedaba para dar y para tirar. Por todas las calles se encontraban franceses ébrios tendidos en el suelo, o echados en las puertas de las casas, y cuando se fueron, apenas se podía andar por las vías públicas, por estar cubiertas de toda clase de inmundicia.

El domingo 12, día de la Santísima Trinidad, mandó el general Dupont que hubiese una misa militar en la Catedral, a la que concurrió alguna tropa y jefes, que no manifestaron mucho respeto al templo en este acto religioso, que tan poco conforme era con las atroces muestras de impiedad y de irreligión que habían dado poco antes. Los soldados estuvieron con las gorras y morriones puestos, cosa nueva para los españoles y que causó grande escándalo. (También el día del Corpus asistieron a la procesión y para entrar en la Catedral rompieron a hachazos la puerta de San Miguel. Nota de T R.).

En los tres días siguientes hubo algún orden, si se exceptúan algunos robos e insultos domésticos. El día 16 se celebró la procesión del Corpus, a la que asistieron las tropas francesas, pero muy poco concurso del pueblo, pues duraba el temor y el abati-

miento de los ánimos. Aquella misma tarde empezaron intempestivamente a disponerse para evacuar a Córdoba, como lo verificaron en la noche de aquel día, pero con tal precipitación, que abandonaron muchas reses, armas, carros de municiones y pertrechos de guerra. Más parecía su marcha una desordenada fuga que una retirada, llegando a tal grado de aturdimiento que, olvidando dar aviso a sus guardias avanzadas por la parte de Sevilla, tuvieron éstas que retroceder por trochas y veredas para no caer en manos de los cordobeses, porque temían, no sin fundamento, que libre el pueblo de las bayonetas enemigas, tomase venganza en ellos, como así sucedió con cuatro que, habiéndose aproximado temerariamente a las murallas, murieron a manos de unos piconeros a quienes habían acometido, quedando dos prisioneros y heridos.

Dupont había visto 40.000 hombres a su frente, consideraba que sus fuerzas no eran numerosas, pedía con instancia auxilios a Madrid, y las comunicaciones, ya antes interrumpidas, habían sido de todo punto cortadas. Sabía que a su misma retaguardia, una partida de paisanos había entrado en Andújar y hecho prisionero al destacamento francés, y que otro destacamento que había ido a los pueblos de la Sierra de Córdoba, había sido víctima de los tiradores de Villaviciosa. Creyó Dupont que todo el país se insurreccionaba contra él y no se atrevió a pasar adelante. Determinó, pues, retroceder y salió para Andújar, donde se situó.

La resistencia y acción de Alcolea se ha censurado y se ha tenido por temeraria, sin razón alguna, juzgándola únicamente por el resultado inmediato, que sin embargo de haber sido el que hemos expuesto, tuvo a la larga consecuencias de suma importancia para la causa de la Nación. En efecto, la acción de Alcolea, la primera campal que se dió en España en aquella memorable guerra, dió a conocer a los franceses el espíritu del país, los contuvo en su marcha y fué causa de que tomasen la determinación de retroceder. Así se dió tiempo para organizar el ejército de Sevilla, al que estaba reservada la gloria de librar de la invasión a los reinos de Andalucía. Si el ejército de Dupont no se hubiera detenido cuatro o más días con la noticia que tuvo de la actitud de Córdoba meditando el plan de ataque, Sevilla hubiera sido entrada fácilmente, quince días antes hubiera penetrado sin oposición el ejército francés en la Andalucía baja, a los que se añade la permanencia del ejército en Córdoba cebado con el rico botín. Si

Sevilla hubiese sido ocupada, hubieran sido saqueados sus tesoros, perdidos sus grandes repuestos de municiones y armas, se hubiese disuelto la Junta, y todo el reino hubiera quedado indefenso y finalmente acaso la escuadra francesa de Cádiz no hubiera caído en poder de los españoles. Así de una pequeña causa se originan a veces los más grandes sucesos; de la acción de Alcolea resultó la batalla de Bailén y la ruina de los intentos de Napoleón sobre la nación española.

Córdoba, no obstante su destrozo, suministró cuantiosos auxilios de toda especie a las divisiones que atacaron a los franceses en Bailén. La memorable victoria allí conseguida el 1.º de julio, en que fueron completamente derrotados los franceses y cayó en poder de los vencedores el rico botín de Córdoba, se supo en esta ciudad con extraordinario entusiasmo, así por la victoria en sí, sino por haber sido justa y completamente vengados sus naturales de los desafueros que con ellos habían cometido.

El día 21 mandó la Junta de gobierno se celebrase un solemne Te Deum en la Catedral y en todas las iglesias, a las cinco y media de la tarde, en acción de gracias de la victoria conseguida. El 29 se recibió con mucho júbilo en el Ayuntamiento al General don Francisco Javier Castaños. El 4 de septiembre se celebró una función de desagravios en la Catedral a Nuestra Señora de la Fuensanta y por la tarde fué llevada en procesión con San Rafael a su santuario.

Apéndice.

Como algunos de los sucesos que se narran en este siglo son referidos con variedad, lo que denota que no están bien averiguados, nos ha parecido exponer aquí lo que hay sobre ellos.

Según decimos tratando de la batalla de Alcolea, las piezas de artillería que tenían los españoles, eran cuatro y un obús; pero el Conde de Toreno, en su celebrada historia del levantamiento y revolución de España, escribe que eran doce, y que Sevilla envió a Córdoba mucha artillería.

Sobre la falta de las tropas que según nuestra relación, debiendo haber acometido por el flanco, para coger al enemigo entre dos fuegos, no lo hicieron, lo que dió lugar a que los franceses pasasen el Puente, también en la referida historia se cuenta algo semejante pero diversamente referido, diciendo: que a la izquierda del río se había quedado la caballería española con intento de acometer a los enemigos por el flanco y espalda, al

tiempo que estos comenzaran el ataque del Puente. Los franceses, para desembarazarse, trataron de dar a aquellos una vigorosa carga, la cual repetida contuvo a los jinetes españoles sin lograr desbaratarlos y a poco la infantería francesa avanzó al Puente.

Sobre el motivo que tuvieron los franceses para saquear la ciudad y cometer tantas atrocidades en ella, han dicho unos que fué la resistencia de Alcolea y otros que los enemigos tomaron pretexto de unos tiros disparados desde el muro cuando se trataba de capitular. El hecho de los tiros es muy dudoso y lo mismo el intento de capitular, para lo cual dicen se dirigía hacia la Puerta Nueva, con otros sujetos, el Marqués de la Puebla de los Infantes. Esta capitulación es inverosímil en aquellos momentos de turbación, temores y sobresalto, y lo mismo los tiros disparados desde el muro, pues todos los que podían hostilizar a los franceses habían marchado al Puente de Alcolea, y cuando el ejército se desbandó, no pudieron entrar en la ciudad. Así es que, aùn cuando referimos el valiente hecho de los soldados del Príncipe en la Puerta del Puente, no sabemos como éstos pudieron hallarse allí, a no ser que rodeando la ciudad hubiesen encontrado abierta la Puerta de Sevilla o la del Puente.

Nadie da razón satisfactoria de como fué cerrada la Puerta Nueva. Para ejecutar este hecho no hubo de presidir deliberación alguna, sino que hubo de ser efecto de la turbación del momento. Un anciano llamado don Manuel Vidal, que no ha muchos años falleció en Sevilla y era dependiente de la Maestranza, refirió al autor de estos Anales, que él fué el comisionado que el año de ocho había venido a Córdoba para traer las municiones y lo que se dice en el texto sobre la clausura de la Puerta Nueva.

El historiador Mr. Thiers, en su «Historia del Consulado y del Imperio», parece que intenta desvanecer o atenuar por lo menos las violencias e insultos y atrocidades que cometieron sus paisanos, cuando ocuparon a Córdoba con el general Dupont, pero el general don Antonio Román Zarco del Valle, como director que era de Ingenieros en años pasados, tomó a su cargo refutar las falsedades que sienta el historiador francés, y para ello vino a Córdoba, en junio de 1850, y en esta ciudad hizo todas las investigaciones necesarias, examinando a las personas más autorizadas y más instruídas sobre aquellos sucesos, y estamos persuadidos de que el señor Zarco del Valle, sin mucha dificultad, habrá refutado a Mr Thiers victoriosamente.

Es de saber el fin que tuvo el Barón de Godinot, azote de las provincias de Córdoba y Jaén. Como el general don Francisco Ballesteros molestase continuamente a los franceses en la sierra de Ronda y hubiera derrotado al coronel Rignoux, el mariscal Soult tomó serias disposiciones para reprimir al general español, y mandó a Godinot que con otras divisiones se moviese contra Ballesteros; más éste burló a los franceses, poniéndose al abrigo de Gibraltar, y así se malogró el intento de destruirle. Los rondeños, renovaron entretanto sus excursiones acostumbradas y molestaron a los enemigos por la espalda y les cortaron los víveres de los que escaso Godinot tuvo que replegarse, picándole la retaguardia. Se restituyó a Sevilla el general francés y reprendido por Soult, que ya lo quería mal por no haber sacado de la acción de Zújar las oportunas ventajas, se le alborotó el juicio y tomando un fusil de su guardia, estando alojado en la calle de Armas, se suicidó en su casa, levantándose el cráneo, y murió como había vivido

En la retirada de Dupont no faltó quien hostilizase a los franceses; los montoreños causaron bastante daño al enemigo, mandados por su alcalde don Juan de la Torre, que a sus expensas había levantado una partida numerosa; más habiéndole cogido los franceses por sorpresa, debió la vida a la generosa intercesión del general Fresia, al que antes había hospedado y obsequiado en su casa.

1809

En este año Córdoba, como todas las ciudades que estaban libres de la dominación francesa, tenía toda su atención puesta en el teatro de la guerra, y participó del sentimiento general que causó la desgraciada batalla de Ocaña, que abrió al ejército invasor la puerta de los reinos de Andalucía.

1810

El día 19 de enero se hicieron las elecciones para diputados a Cortes, no sin alguna prisa porque se sabía que los franceses estaban en camino para invadir la Andalucía, y fueron elegidos el Obispo de Guadix don Fray Marcos Cabello, el doctor don Manuel Jiménez y Hoyos, prebendado de la Santa Iglesia Catedral, y

el abogado don Manuel Ramírez y Castillejo. (No es cierto; se suspendió la elección por la proximidad de los franceses y llevó la representación de Córdoba en las Cortes de Cádiz el cordobés don José Cea, que casualmente se encontraba allí. Nota de T. R.)

El día 21 llegaron a Andújar los franceses y también llegó luego a esta ciudad el mariscal Víctor, que desde Almadén no había encontrado grandes tropiezos en cruzar la sierra de Córdoba. La Junta de esta ciudad pensó ya tarde en fortificar el paso de Mano de Hierro y el camino de la Plata y en juntar los escopeteros de las montañas. La división de don Tomás de Zerain y la de don Francisco Copons tuvieron que abandonar sus posiciones, y el mariscal Víctor, después de hacer algunos reconocimientos hacia Santa Eufemia y Belalcázar, se dirigió sin artillería ni bagajes por Torrecampo, Villanueva de la Jara y Montoro a Andújar, en donde se unió con las fuerzas de su nación.

El Ayuntamiento, sabida la proximidad de los franceses, hizo el 22 una protesta, que obra en el libro capitular correspondiente, en que dice, que cuanto hace en el recibimiento del ejército y del rey José, lo hace obligado de las circunstancias y por evitar daños a la población, en virtud de no tener medios de defensa y sin perjuicio de la independencia de la nación y soberanía del rey don Fernando VII.

Cuando se tuvo noticia de que los franceses se dirigían a Córdoba, aunque entonces se decía que venían de paz, fué grande el temor y sobresalto que se apoderó de la población, recordando sin duda las atrocidades de 1808, y así las gentes se prevenían y tomaban precauciones, como si esperasen enemigos. Algunas familias que pudieron marcharse, no los esperaron y abandonando sus casas emigraron.

El día 23 de enero entró el mariscal Víctor en Córdoba y poco después, a las diez de la mañana, el rey intruso José Napoleón con el mariscal Soult, siendo recibido con obsequiosas demostraciones. Salieron a recibirle el Ayuntamiento, una diputación del clero y una porción de niñas escogidas por su belleza de familias principales, le ofrecieron coronas de flores. Todo lo cual se hacía por temor y por conciliarse la benevolencia del usurpador y de ningún modo por afecto. Se hospedó en el Palacio Episcopal, donde recibió corte acompañado de sus ministros, entre ellos el insigne poeta don Juan Meléndez Valdés; regaló a algunas personas cajas muy preciosas de oro para tabaco y condecoró a varios

con la Orden Real de España en que se había convertido la de Carlos III, y en vez de la cinta azul y blanca, pendía de una encarnada El chantre, don Juan de Castro, desde un balcón del Palacio, peroró al concurso que se hallaba en la calle, elogiando las virtudes del nuevo rey, exhortando a la obediencia y augurando un reinado feliz. El intruso se admiró de verse mejor tratado que lo había sido en las demás poblaciones de España.

Al día siguiente se cantó en la Catedral un solemne Te Deum, al que asistió José con toda su comitiva y entrando por la puerta del Perdón, fué recibido allí por el Cabildo con el ceremonial de los reyes. El sabio coronel Mr. Bory de Saint Vincent, describe aquella escena como testigo, diciendo lo siguiente: «Agolpábase multitud de pueblo en derredor del cortejo real y al entrar en el patio, el aspecto de aquellos muros antiguos y de construcción oriental, el de las palmeras africanas y de los verdes naranjos, que mezclaban el perfume de sus flores con el humo de los incensarios y en cuyas ramas revoloteaban mil cintas y banderolas de colores y el canto religioso... .. y el ruido de las campanas y el del tambor, con el cual se mezcló después el de la artillería, la hermosura del día, en suma, las cosas inanimadas y las vivientes, formaban un conjunto tal, que daban a aquella mañana un carácter de solemnidad particular», (No está bien traducido del francés, véase «Guide des voyageurs en Espagne», Mr. Bory de Saint Vincent, etc., París, 1823, pag 556. Nota de T. R.)

El obispo don Pedro Antonio de Trevilla entregó al intruso las águilas que habían caído en poder de los españoles en la gloriosa batalla de Bailén, que estaban ocultas en la Catedral y se enviaron a París, llevándolas el coronel Tascher de la Pagerie.

Detuviéronse los franceses en Córdoba y sus alrededores algunos días, temerosos de la resistencia que pudiese hacer Sevilla e inciertos de las operaciones del Duque de Alburquerque. Por fin avanzaron las tropas por disposición de José hacia Sevilla, no sin encontrar tropiezo en el camino, pues el mismo día 28, cerca de Ecija, se tirotearon con las guerrillas de caballería del Duque de Alburquerque.

El día 10 de febrero fueron suprimidas las órdenes religiosas por el gobierno del rey intruso y salieron los regulares de sus conventos, declarándose sus bienes propiedad del Estado. Sus iglesias fueron destinadas a usos profanos, y así fué que el bello templo de los agustinos, fué convertido en pajar, y el de los mercedarios

en enfermería, siendo el convento hospital, otros en cuarteles para la tropa.

El primer gobernador que hubo en Córdoba fué el general Dessolles, más habiendo éste marchado a Madrid, el mariscal Soult puso en Córdoba por gobernador al Barón de Godinot, hombre imprudente y desalmado, que fué el azote de la provincia y cometió tales atrocidades y tropelías y aún extravagancias, que era reputado como hombre demente.

Los franceses molestaron constantemente a la población con alojamientos, la abrumaron con contribuciones, algunas mensuales, y el que no pagaba, que era porque no podía, era llevado preso al cuartel del convento de San Pablo, que siempre estaba lleno de presos y allí lo tenían hasta que pagaba.

El día 13 de marzo fué abolido el Ayuntamiento perpétuo y creado otro colectivo, que para que no tuviese el nombre antiguo español, se nombró «municipalidad».

El viernes 4 de mayo volvió a Córdoba, regresando de Sevilla, el rey José y salieron a recibirle las autoridades y la municipalidad. Fué obsequiado con iluminaciones y otros festejos públicos y salió para Montoro el domingo 6 por la mañana.

Como los franceses adoptaron el errado sistema de tiranizar y procuraban reprimir los sentimientos y muestras de patriotismo de los españoles, crearon una policía, en que se acomodaron los hombres más viles, que por un miserable interés vendían a su patria y perseguían a sus compatriotas. Fué el jefe de estos polizones un tejedor de felpa, hombre ordinario y depravado, que se llamaba Esteban Díaz Guijarro, el cual fué nombrado en 2 de julio comisario de policía. Este cometió muchas iniquidades contra sus paisanos adictos a la causa nacional y en favor del gobierno tiránico de los franceses. El temor de la policía amedrentó tanto a las gentes, que no se atrevían a hablar ni de franceses ni de españoles, ni a dar la más sencilla noticia, y para decir algo de ésto miraban primero si las puertas estaban bien cerradas y se retiraban a lo más interior de las casas.

El gobierno francés imprimía un periódico de muy poca importancia titulado «Correo Político y Militar de Córdoba y Jaén», en el cual sólo se procuraba alucinar a los españoles, esparciendo imposturas y falsedades, exagerando los progresos de los franceses, disimulando sus pérdidas y deprimiendo y desfigurando la

causa de los españoles, a lo que se añadía una tan necia como continua declamación contra la Gran Bretaña.

El general Godinot nombró en 17 de agosto la primera comisión militar que hubo para juzgar los delitos de los patriotas y de los llamados por los franceses «insurgentes y bandidos (brigands)», la que sacrificó crecido número de víctimas. El 21 de agosto fué juzgado el primero y sentenciado inícuamente a pena capital, que sufrió el día siguiente, el capitán de Húsares de Castilla don Manuel de Olavarría, natural de Orosco, en la provincia de Vizcaya, de edad de treinta años, por hacer reclutas para el ejército español. Muchos fueron los inmolados y no pocos los que debieron la vida a la defensa del insigne literato y poeta don Manuel María de Arjona, canónigo penitenciario, el cual hubo vez que obligó a confesar a aquellos inícuos jueces que los soldados españoles no eran insurgentes y que estaban bajo el amparo del derecho de gentes como armados por una autoridad pública reconocida.

En los últimos meses de este año concibieron los franceses temores por las pocas fuerzas que mantenían en la provincia y las partidas de españoles que los inquietaban por todas partes, entre ellas la de don Francisco Lozano, alias *El Bolsero*, que en 11 de septiembre entró en Lucena con una partida de unos quinientos hombres; sublevóse la ciudad en su favor y habiendo llegado a la sazón la columna móvil del comandante Bourbon Bousset, ignorante del estado de la población, fué acometido por la partida y los paisanos, que le mataron trece soldados y tuvo que salir precipitadamente de la ciudad. Marchó contra ésta una división francesa que fué batida con pérdida de más de cien hombres y al fin tuvo que capitular, suceso que conmovió a toda la provincia y que fué causa de que los franceses, que temían mucho la insurrección, adoptasen medios de inspirar terror más rigurosamente.

El 15 de septiembre volvió a abrirse al culto la iglesia de San Pablo, pero sólo como ermita; y el día 4 del mismo se había hecho también con la de San Francisco de observantes; el 7 de septiembre se hizo igual con la de Carmelitas de San Cayetano. El 25 de septiembre hubo una gran tormenta cayendo un rayo en la iglesia de San Nicolás de la Ajerquía.

1 8 1 1

El 16 de abril se encargó del gobierno de Córdoba y Jaén el